

ELEMENTOS PARA EL ANÁLISIS DE LA COYUNTURA

*Yuritzi Paola Ortiz Chavira
Pablo Leonel Roa Sánchez
Equipo de Asesores
PT-CEN*

EVOLUCIÓN Y BARBARIE

La inteligencia artificial (IA) marca un nuevo hito: ya no solo transforma cómo producimos, sino cómo pensamos y decidimos. Sus promesas y avances son reales, pero también lo es la concentración de poder cuando sus componentes quedan en pocas manos. La evolución tecnológica ocurre como competencia geopolítica: quienes dominan el cómputo imponen estándares y ritmos; quienes dependen, se rezagan. No es un fenómeno neutro, sino la gran disputa por el futuro inmediato.

En paralelo, Gaza muestra el reverso del tiempo que vivimos. La barbarie no es metáfora, sino la demolición – en vivo y en directo – de un pueblo, la sustitución de su soberanía por contratos y la normalización de un genocidio para abrir paso a negocios de escala global. Bajo las ruinas late un gas valorado en cientos de miles de millones, codiciado en la urgencia energética europea; la devastación habilita “planes de reconstrucción” que funcionan como tutelas y fideicomisos. Se habla de ayuda, pero el riesgo es el despojo cuya fórmula es: primero la destrucción, luego los planes, al final los contratos.

Así, evolución y barbarie caminan juntas, y esa tensión enmarca toda nuestra coyuntura.

I. Evolución: la IA como nueva revolución científico-tecnológica

1. Envidia (NVIDIA), un éxito atípico en medio de la tormenta

Envidia —así, con “i latina”, como la decimos en castellano— era hasta hace poco la marca de las tarjetas para videojuegos. Hoy es el corazón de la inteligencia artificial. Sus GPU (Graphics Processing Unit / Unidad de Procesamiento Gráfico) no solo sirven para que los gráficos se muevan con fluidez: son los motores que entrenan y ejecutan los grandes modelos de IA que ya impulsan buscadores y traductores, asistentes tipo copilot, sistemas de recomendación, diseño de fármacos, detección de fraude, logística y visión por computadora en autos y fábricas.

Lo peculiar es que Envidia no fabrica sus chips: diseña la arquitectura, domina el software (sobre todo CUDA, una plataforma que permite a los programadores aprovechar la potencia de las GPU para entrenar modelos de IA) y organiza el ecosistema (equipos completos, redes y socios). La fabricación la hacen

fundidoras especializadas —principalmente en Taiwán—. Con la demanda disparada por las grandes plataformas digitales que montan centros de datos con decenas de miles de GPU, ese control integral creó barreras de entrada y volvió a Nvidia indispensable. En poco tiempo pasó de empresa de nicho a pieza central de la disputa tecnológica de nuestro tiempo. EEUU la usa como herramienta de choque —con controles de exportación para limitar a su rival—, mientras financia la relocalización de semiconductores. Beijing acelera la sustitución tecnológica y asegura minerales críticos. En medio, Nvidia es símbolo del poder del cómputo y de la fragilidad de las cadenas globales.

La clave, dicho simple: sin estos chips no hay IA. La dirige Jensen Huang (cofundador y CEO) y la empresa está entre las más valiosas del mundo por su peso en los mercados. Compiten AMD e Intel (EEUU); las nubes con chips propios como TPU (Tensor Processing Unit) de Google y Trainium/Inferentia de Amazon (EEUU); y, del otro lado, Huawei (China) con Ascend. Aun así, el conjunto hardware + software + comunidad de Nvidia sigue marcando el ritmo.

Aunque hay otros jugadores relevantes, el pulso central sí es, en gran medida, EEUU-China. EEUU concentra el diseño, el software y las hiperescalares (empresas como Google, Amazon o Microsoft que operan infraestructuras gigantescas de datos y nube, indispensables para correr modelos a escala), además de imponer controles. China moviliza capital público, empuja chips locales y su propio ecosistema. Europa, Taiwán, Corea del Sur, Japón y Países Bajos cuentan —como reguladores, fabricantes o dueños de maquinaria clave—, pero el metrónomo lo marcan Washington y Beijing: quien logre más GPU, datos y energía a menor costo dictará el ritmo de la IA... y, con él, una parte del futuro económico y político.

2. La IA como terreno de guerras híbridas y de la guerra comercial

La IA no son robots simpáticos ni modas tecnológicas, es un campo de batalla en una guerra que rara vez se declara. Esa guerra se llama híbrida porque no se libra solo con ejércitos, sino con un conjunto de armas silenciosas: sanciones, aranceles, controles de exportación, monopolios de datos, cadenas logísticas y poder financiero. La IA encaja en dicho concepto porque se ha vuelto el recurso estratégico que define quién puede innovar, producir y dominar sectores enteros de la economía. Así como en otros tiempos el acero o el petróleo marcaron la supremacía de naciones, hoy el acceso al cómputo de inteligencia artificial se convierte en un factor de poder global.

Los ejemplos abundan y muestran cómo esta guerra se libra sin disparos, pero con efectos igual de profundos:

- El **control de minerales críticos y tierras raras** es vital para producir imanes, baterías y chips; países como China concentran gran parte de su extracción y refinado.

- La **fabricación de semiconductores** depende de una delicada cadena: diseño en EEUU, fundición avanzada en Taiwán y Corea del Sur, maquinaria de litografía en Japón y Países Bajos. Un veto en cualquiera de esos eslabones afecta a todos.
- El **transporte global** se convierte en otro frente, pues un atasco en el canal de Suez (chokepoint) o en el mar de China puede encarecer los equipos y frenar proyectos de IA en cualquier continente.
- La **guerra de aranceles y precios** ya golpea con cada restricción o impuesto que eleva el costo de importar componentes, y traslada inflación a los países más dependientes de tecnología.
- En los **mercados financieros**, la “narrativa de la IA” multiplica el valor bursátil de gigantes como Microsoft, Apple, Google, Amazon, Meta, Tesla y la propia Envidia, consolidando a un puñado de corporaciones como ejes de la economía digital.
- Los **Estados** dejan de ser árbitros pasivos y actúan como jugadores, ya que subsidian fábricas, financian centros de datos, rescatan empresas estratégicas y trazan marcos regulatorios que condicionan el acceso a estas tecnologías.

La sumatoria de los ejemplos anteriores, que deben considerarse como piezas integrantes de la mecánica de acumulación capitalista contemporánea, posibilitan la transformación de la IA en un instrumento de poder comparable a las grandes revoluciones energéticas o industriales. En otras palabras, quien domina chips, datos y energía fija la velocidad a la que se mueve la economía mundial. Bajo este tenor, el estatus de las posiciones del poder global puede identificarse de la siguiente forma:

- EEUU y China marcan la delantera, pero otros países se rezagan porque carecen de capacidad de fabricación avanzada, de capital suficiente para invertir en cómputo masivo, o de un ecosistema tecnológico propio.
- Europa, aunque regula y busca autonomía, depende todavía de actores externos para fabricar lo más avanzado.
- América Latina y buena parte de África siguen siendo más proveedoras de materias primas que productoras de tecnología, lo que las deja en situación de dependencia.

Así, la IA no solo refleja quién gana la competencia, sino también quién queda atrapado en la periferia de una carrera que redefine el mapa del poder global.

3. Breviario cultural de revoluciones científico-tecnológicas

La historia de la humanidad puede entenderse como la historia de sus grandes revoluciones científicas y tecnológicas. Cada una abrió un nuevo horizonte y, al mismo tiempo, reconfiguró el poder y la vida cotidiana. Basta con repasar algunos momentos clave para entender que la inteligencia artificial es la continuación de ese proceso y, quizás, su expresión más radical.

- La **revolución agrícola** permitió a los pueblos dejar de vivir únicamente de la caza y la recolección. La domesticación de plantas y animales generó excedentes, nacieron las ciudades y surgieron los primeros Estados. Fue el paso de sociedades dispersas a sociedades organizadas.
- La **revolución industrial** puso en movimiento máquinas de vapor, telares y ferrocarriles. Luego, con la electricidad, se multiplicó la producción, se transformó el trabajo y apareció la empresa moderna. El tiempo dejó de medirse por las estaciones y comenzó a marcarse por los relojes de las fábricas, dando paso a una concepción capitalista totalizante.
- La **revolución digital** cambió la escala de lo posible. El microchip, las telecomunicaciones y el internet convirtieron la información en el recurso más valioso del planeta. La globalización se hizo impensable sin esta red de datos que conecta mercados, bancos, universidades y hogares.

Hoy vivimos la **revolución de la Inteligencia Artificial**, en la cual no se trata solo de procesar información, sino de enseñar a las máquinas a aprender, predecir y decidir. Lo que antes era exclusivo del ingenio humano – resolver problemas, calcular rutas, anticipar riesgos –, puede replicarse en segundos con cantidades inmensas de datos. La IA diseña medicamentos, pronostica el clima, escribe programas y optimiza cadenas de producción. Es una revolución que toca tanto la ciencia como el trabajo, la política y la vida diaria.

Sus alcances se pueden mirar desde varios ángulos:

- **Filosófico/cognitivo**, porque traslada parte de la razón instrumental a las máquinas;
- **Antropológico**, porque altera las formas de trabajar, educar y relacionarnos;
- **Científico**, porque acelera descubrimientos antes impensables; y
- **Prospectivo**, porque abre la posibilidad de un bucle en el que la IA mejore a la propia IA.

Sin embargo, estas potencialidades conviven con tensiones profundas debido a que en muchos campos disciplinarios el “empoderamiento de las máquinas” es todavía más relato que realidad, un discurso impulsado por élites que concentran los recursos.

De ahí la necesidad de preguntarnos quién conduce esta revolución y hacia dónde. Como diría Immanuel Wallerstein (sociólogo y científico social histórico estadounidense, principal teórico del análisis de sistema-mundo), todo sistema-mundo se organiza en torno a un centro, una periferia y una semiperiferia, y la IA no escapa a esta lógica: los países con capacidad de diseñar chips, financiar centros de datos y acaparar minerales ocupan el centro; otros, que producen componentes o servicios intermedios, quedan en la semiperiferia; y los que solo aportan materias primas permanecen en la periferia tecnológica.

En ese marco, la IA se vuelve no solo un avance civilizatorio, sino también una palanca de un nuevo orden global que puede reproducir desigualdades si no se discute críticamente a quién beneficia y a qué modelo de mundo responde.

Por eso, aunque se afirma que la inteligencia artificial puede ser la revolución más importante de la historia humana, esa afirmación debe leerse con cautela. No solo transforma cómo producimos o nos comunicamos, sino también cómo pensamos, cómo decidimos y cómo organizamos la vida en común. La verdadera cuestión es si este salto servirá para ampliar derechos y oportunidades o si consolidará la hegemonía de unos pocos sobre la mayoría.

II. Barbarie: Gaza, genocidio y negocio tras la devastación

1) Gaza: cuando la “reconstrucción” huele a gas

Gaza no es solo un mapa de ruinas. Bajo ese cielo que recubre los horrores más atroces, late también otra historia, la de un territorio pequeño, castigado, colocado en el centro de un tablero global porque frente a su costa hay gas, y no poco.

A finales de los noventa se confirmó el yacimiento marino Gaza Marine. Las reservas se estiman en alrededor de un billón de pies cúbicos (equivalente a entre 28 y 35 mil millones de metros cúbicos a lo largo de su vida útil). En el contexto de precios altos y demanda creciente, el valor de mercado agregado del recurso se estima en más de 435 mil millones de dólares.

Para la Autoridad Palestina, los escenarios “más favorables” hablaban de alrededor de 100 millones de dólares al año durante quince años en ingresos fiscales (regalías e impuestos) si el campo se desarrollaba en condiciones favorables. La diferencia entre esa porción fiscal y el valor total del gas es simple: una cosa es el precio acumulado que pagarían los mercados por el recurso, y otra, lo que efectivamente queda en casa cuando la extracción corre por contratos con empresas e intermediarios. Ahí está la disputa de fondo, en torno a quién controla, quién cobra y quién decide. Hasta hoy, Gaza Marine no se ha explotado por razones políticas y de seguridad.

Este punto se entiende mejor mirando al norte. La Unión Europea (UE) decidió eliminar su dependencia del gas y del petróleo rusos hacia finales de 2027. No es un gesto simbólico, sino una urgencia logística. Hay que reemplazar volúmenes, diversificar rutas y blindar suministros. Israel ya incrementó sus ventas de gas hacia Egipto y empuja infraestructura para enviar más. En ese corredor mediterráneo, Gaza aparece como la otra vía potencial, un refuerzo que da margen y poder de negociación a Europa cuando más lo necesita. Por eso tantas miradas viraron de golpe hacia la franja; es decir, que junto a la compasión, asomó la prisa por “ordenar” el día después.

2) La barbarie como condición para el negocio

La tragedia humana antecede cualquier cálculo. Se reportan más de 65 mil personas palestinas asesinadas y al menos 165 mil heridas; nueve de cada diez han sido desplazadas de sus hogares. En el desglose más reciente con identificación plena, del total de fallecidos, poco más de 19 mil eran niñas y niños y más de 10 mil mujeres. A la violencia se suma el hambre extrema: la Fase 5 del IPC (categoría internacional que define hambruna) está confirmada en la ciudad de Gaza, con más de medio millón de personas en esa situación (alrededor de 640 mil) y 361 muertes por malnutrición registradas hasta el 5 de septiembre, entre ellas 130 niñas y niños.

La destrucción masiva de barrios, hospitales, escuelas y redes de agua no es solo el saldo de una guerra, funciona como condición previa. Cuando toda una sociedad queda al borde del colapso y la vida cotidiana se vuelve imposible, se abre la puerta para otro tipo de “soluciones”, como las que llegan envueltas en palabras como reconstrucción, modernización e inversión. En la práctica, primero la demolición, después los planes y, al final, los contratos. En el camino, un pueblo reducido a cifras y un territorio convertido en activo dentro de carteras de negocios.

3) El “día después”: planes, paliativos y despojo encubierto

En la mesa conviven dos guiones.

- Plan árabe liderado por Egipto. Propone 53 mil millones de dólares en cinco años para rehacer vivienda, limpiar más de 50 millones de toneladas de escombros, y reabrir puerto y aeropuerto. Promete no expulsar a la población y colocar tecnócratas palestinos con supervisión internacional. Su límite radica en que instala tutelas externas y deja en suspenso la soberanía real sobre territorio y recursos.
- GREAT Trust (Gaza Reconstitution, Economic Acceleration and Transformation Trust / Fideicomiso para la Reconstrucción, la Aceleración Económica y la Transformación de Gaza). Plantea al menos diez años de tutela internacional, “ciudades inteligentes”, tokenización inmobiliaria (convertir propiedades en fichas negociables) y, lo más sensible, “reubicación voluntaria” a gran escala con incentivos en efectivo. La franja se concibe como activo a administrar y su población como variable que mover hasta que encaje.

Si uno mira con calma, ambos planes se tocan. Ofrecen como paliativos vivienda nueva, empleos, compensaciones, que alivian la urgencia, pero no tocan lo esencial: quién manda y quién se queda con la renta del gas y de las obras. Sin soberanía sobre Gaza Marine y sin reglas fiscales claras y públicas que prioricen servicios y energía asequible para su propia gente, la “reconstrucción” corre el riesgo de ser un gran negocio de contratistas y fideicomisos. La riqueza circula, sí, pero lejos de las manos que más la necesitan.

A todo esto lo envuelve una narrativa de ayuda que se repite en conferencias y portadas. La solidaridad internacional es indispensable, pero cuando se mezcla con diseños que cambian el mapa demográfico, propician competencias y privatizan la decisión pública, deja de ser solidaridad y se convierte en coartada. Se habla de paz y normalidad mientras, por debajo, se asegura el suministro energético a Europa y se ordena el territorio para que el gas fluya sin tropiezos.

Gaza no es una excepción, es una advertencia. Cualquier país o pueblo que combine debilidad política con recursos estratégicos puede despertar el mismo libreto. Debe ser una secuencia que se reconozca.

Por eso, cuando decimos que Gaza huele a gas, no pretendemos reducir el dolor a un “commodity”. Nombramos la lógica que la rodea. Si ese gas financia escuelas, hospitales, agua, energía barata para su gente y un futuro con voz propia, la historia cambia. Si, en cambio, se usa para justificar tutelas, desplazar a quienes estorban, maquillar contratos y garantizar abastecimiento a otros mientras la franja queda atada y exhausta, entonces la palabra “reconstrucción” será solo otra forma de decir negocio.

Ciudad de México, a 25 de septiembre de 2025